basta lo dicho, por razón de que no hay ingenio, ni entendimiento que pueda alcanzar la grandeza y majestad con que Dios pintó y dibujó toda esta variación de cosas y diversidad de hechos maravillosos suyos; ni hay palabras con que se expliquen, si no es que el mismo Dios, el verbo divino, sabiduría del Padre, en quien se encierran todos los tesoros de su sabiduría inmensa, nos hace de ello manifestación. Y así, no confiados de nuestro poco saber, sino postrados a los pies de tan alta majestad, ni fiados de ninguna ciencia humana, sino de la general noticia que la vista nos administra, podemos dar a nuestra ánima ocasión de imaginar, en tanta armonía y concierto, con que Dios lo tiene todo puesto en orden y con que nos da ocasión de admirarnos y de que las manos atadas vengamos a confesar su poder y grandeza; ya que sin tener los antiguos noticia distinta, de quién fuese, viniesen a conocer por la vista de esta máquina mundial, la alteza de su omnipotencia, como lo dice San Pablo,[7] por estas palabras: Por las cosas que Dios hizo en lo visible vinieron a rastrear el poder de Dios y a conocerle; pues ésta es obra que Dios hizo para mostrar su grandeza y poder y para que los hombres, llevados de esta consideración, supiesen granjearle su voluntad por amor y temor que le tuviesen.

CAPÍTULO II. *Donde se confuta y reprueba el error de los antiguos que dijeron haber muchos mundos, y se prueba ser uno solo*

NGAÑADOS LOS FILÓSOFOS ANTIGUOS de las cosas que veían y no enseñados en las cosas forzosas del conocimiento de Dios, tuvieron muchísimos errores, entre los cuales fue uno: persuadirse a que había muchos mundos. De esta opinión fueron Anaximandro, Leucipo y Demócrito y otros, cuyo parecer fue que las cosas se formaban y engendraban de los átomos (que son aquellas motas que se ven a los rayos del sol), como refiere Aristóteles en su *Phisica;*[1] y por esto porfiosamente afirmaban haber otros mundos más de este que agora tenemos. Porque decían que así como las cosas se formaban y engendraban de átomos, así los mundos serían muchos, porque de la misma manera que de veinte y tres letras se hacen infinitos libros y se componen muchas cosas por escrito, así también de estos mismos átomos se harían infinitos mundos. Parece favorecer esta opinión un dicho de San Clemente, discípulo del apóstol San Pedro que cita Orígines, en su *Periarchon,*[2] que dice: El mar océano no es navegable y aquellos mundos que están detrás de él se gobiernan y rigen por providencia del mismo Dios. También dice Plinio: Creer que hay infinitos mundos procedió de querer medir el mundo a pies, cosa de tanto atrevimiento para los hombres;

[7] Ad Rom. 1.
[1] Physic. 8.
[2] Orig. lib. 2. Periarch.

aunque dice llevar tan buena cuenta y tan sutil, que sería vergüenza no creello. Pero el dicho de estos gentiles fue poco estimado, que (como dice San Agustín) se revolcaron por infinitos mundos, con su vano pensamiento Y así, dejado todo esto por vano y por disparate de antiguos, tenemos nuestra verdad saneada con razones que (sin las que de fe se nos ofrecen) hay otras que podían ser (como lo son) naturales y de discurso concluyente. Porque habiendo como hay tanto número de naturalezas, entre sí distintas y diversas y todas perfectas en su género, es fuerza decir que, en cuanto su perfección, son una misma cosa; porque si una es perfecta y otra también, en cuanto entrambas son perfectas, que gozan de perfección, también de unidad de perfección; y así son una misma cosa en cuanto son iguales en razón de perfectas. Y esto se entiende habiendo entre sí disposición y orden, lo cual se conoce en estas cosas criadas; porque, con ser como son cosas tan diversas (y tanto que aun los ángeles no las pueden numerar), están ordenadas y trazadas con grandísimo concierto entre sí y no acaso. Por manera que en su concierto y orden se conoce la divina sabiduría, la cual dispone, provee y gobierna, todo lo a ellas necesario. Y es así, porque si del divino entendimiento o con su infinita voluntad no estuviese todo trazado y ordenado, era fuerza que con la confusión que entre sí tuviesen las cosas, en muy breve se acabarían; lo cual no sucede por el respeto dicho.

También es razón concluyentísima saber que la unidad de las cosas se considera en cuanto tienen recurso a una cosa; y como la unidad de las cosas criadas tienen recurso a Dios (que es solo y no muchos dioses), por esto siendo la unidad, en cuanto en grado de perfección, una, acógese a solo uno, que es Dios que le satisface en todo lo que le conviene, que como dice el psalmista,[3] crió todas las cosas para sí, haciéndoles que tuviesen recurso a él; mayormente que donde quiera que hay concierto y orden, no hay recurso más que a uno, como en una ciudad bien ordenada de justicia y leyes (si el gobierno es monárquico) siempre se reconoce uno a quien tienen por gobernador de ella y se acude a él con todo lo que toca a su gobierno y buen régimen. Por manera que tenemos razones naturales que pudieron considerar aquellos antiguos para reducir las cosas criadas a un solo mundo, sin repartirlas en tantos; las cuales, por ventura, no alcanzaron o ya que las alcanzasen o supiesen no se fiaron de ellas, desvanecidos de su propio parecer; que cierto no deja de admirar la consideración de su saber y juntamente su ignorancia grande; porque hombres doctos y que iban poniendo en pulicía la república del mundo, dando noticia de las cosas y secretos de nuestra tan obscura naturaleza, que dijesen que había muchos mundos, repugnando esto a toda razón, espanta. Porque para poner muchos mundos habían de dar alguna causa necesaria, la cual no hay que fuerce a creerlo; porque lo que pudo en aquellos muchos mundos que ellos fingieron, hay en éste que agora gozamos. Y si querían decir esto, por parecerles que en esto honraban más y engrandecían más la magnificencia y arte del criador, más honra le daban en poner en un solo mundo lo que

[3] Psal. 118.

en tantos mentían. Porque si no es más que un Dios, ¿de qué servían muchos mundos? Pues mundo (como vimos en el capítulo pasado) es una trabazón y concierto del cielo y de la tierra y todos los elementos donde se concierta esta armonía de cosas inferiores y superiores. Y si Dios crió el mundo por el hombre, como lo conceden y dicen los santos, y también por mostrar su grandeza y majestad, ¿qué necesidad hubo de muchos mundos, pues en sólo éste se acudía a la satisfacción del negocio?

Y aunque es verdad, que digo, que no hay más de un mundo, no por eso niego el poder infinito de Dios, que como crió uno, pudo criar otro y otros muchos y cuantos más fuere su santísima voluntad. Porque como la virtud de Dios es infinita (como la fe enseña) diciendo el santísimo Athanasio:[4] Inmenso es el Padre e inmenso es el Hijo e inmenso es el Espíritu Santo; que en cuanto son estas tres personas un solo Dios, es sola una inmensidad; y así se confiesa en lo de *Summa Trinitate et Fide Catholica.* Baruch,[5] en sus profecías y el psalmista,[6] dice: Su grandeza no tiene fin. Síguese, pues, de aquí muy bien, que con criar este solo mundo no agotó la infinidad de su poderío, antes le quedaron los tesoros de su grandeza tan colmados como antes que lo criara. Y pudo y puede criar otros cielos, otra tierra y otros elementos, si su majestad santísima fuese servido de quererlo; porque como en la creación deste mundo no hubo más (como dice San Juan)[7] de mandarlo y luego se hizo, así no habrá más agora si quisiese; pero según razón y según fe católica no tenemos otro mundo; como la misma fe nos lo enseña. Y esto prueban galanamente el glorioso padre San Agustín[8] y San Isidoro,[9] en los libros de sus *Ethimologías;* y se trae en el derecho y lo tenemos también citado en San Mateo,[10] diciendo Cristo a sus discípulos: Id a enseñar por todo al mundo, a todas las gentes. Y luego dice: que ellos fueron y predicaron en todas partes. Y sabemos de cierto que los apóstoles no fueron a otro mundo a predicar, sino a éste; por donde también la fe nos enseña tenaz y fuertemente lo que debemos tener acerca desto.

A la razón del glorioso padre San Clemente, acerca de los muchos mundos que pone desta parte del océano, digo: que se ha de entender y tomar por orbes y partes de la tierra, que así llama Plinio y otros escriptores a Escandinavia, tierra de godos y a la Isla Taprobana, que agora llaman Zamotra, y Epicuro (según Plutarco refiere) tenía por mundos semejantes orbes y bolas de tierras, apartadas de la tierra firme, como isla. Por manera que por lo dicho queda bien probado ser el mundo uno; y falsa la opinión antigua de que había muchos mundos; si ya no es que quisieron decir lo que decimos, de que las partes del mundo se llamasen mundos; tomando la parte por el todo, como agora esta tierra destas Indias llama-

[4] Div. Atha. in Simb. 60. de Sum. et Fid. Cat. C. firmi.
[5] Baruch cap. 5.
[6] Psal. 144.
[7] Ioan. 1.
[8] Div. Aug. lib. de Haeres. cap. 77.
[9] Div. Isidor. lib. 6. Ethymol. cap. 5 et adducit. 24. q. 3. c. quidam.
[10] Matth. ultim.